El Buque Negrero



QUELLA noche el capitán inglés Jack Blake estaba más preocupado que de costumbre. Su pisa humeaba como la chimenea de un barco. Era una bella pipa, de espuma de mar, que habia comprado en Oceania. Jack Blake tenia una pierna de madera; le llamaban, por eso, "pata de palo". Era taciturno, hosco; pocas palabras salian de su boca: generalmente eran palabras de mando, órdenes, que había que obedecer de inmediato. Jessel se llamaba su segun-

ido, y con él conversaba, de cuando en cuando, anotando nombres en una larga lista. Era el rol de la tripulación. -Llevaremos al portugues

- dijo Jack. -Yo no soy de esa opinión.

Es un tipo de temer. -Sin embargo lo necesita-

-Sea como usted quiera.

Jessel echo una mirada a través del vidrio de la ventana. Estaban en la ensenada de Vallongo, apretada entre dos elevaciones cubiertas de un verde limón; de un lado estaba el otero de la Sauld; del otro, el morro de Livramento. En el otero se destaca, entre almendros en flor, la capillita de una virgen. El paisaje era plácido, de una dulzura tropical que incitaba a la molicie. Las palmeras apenas se mcwian suavemente, mecidas por

la brisa. Nadie diria que aquel lugar plácido estaba destinado, con sus grandes almacenes, frios y alineados, al comer-

cio mas infame. El marqués de Lavradio habia temido la idea de e s coger aquel lugar paradisiaco para convertirlo en el rentro del tráso de uno de los comercios famia. "Pata de Pa-

más productiwos del Brasil, y la capillita no era inocente: estaba bendiciendo la in-

lo" se inquie-

debia tener

engarando a los salvajes de la custa africana.

el dia siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marinos para el enganche. -Alcanzará con cuarenta -dijo Jack, seguro de estar en

la lista de la tripulación para

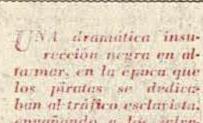
posesión de la verdad. -Puede agregar algunos más. No me siento seguro con

tan poca gente. -Siempre desconfiado agregó Jack con sorna, y mo-

vió la pata de palo, que sono en el suelo como el llamado de un aparato Morse. La fragata estaba alli, en la bahía, anclada plácidamente. Sus grandes velas se inflaban

gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Habia tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y desclasados se congregaron alli El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de Africa. Na-

die supondria que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias; que alli iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a



el ladron que teme hasta su propia sombra. Las sentinas se llenaron pronto de negros. Donde cabian cien, iban doscientos. Apretujados, apesta-ban. Las enfermedades terminaban con là mitad, y los que ya no servian se arrojaban a los tiburones. Raro era el dia en que el mar no se teñía, levemente, con la sangre de un negro. Alli estaban negros de tribus enemigas, y por eso se miraban con odio. Sin embargo, habia algo que los unia: el deseo de sublevarse, de salir de aquella infecta prisión. De noche, los sollozos de las mujeres hacían más negra la noche. Una estrella mágica brillaba en el mastil

I. Pereda Valdés

Ilustración de Premiani

las aldeas de la costa africana. Los días y las noches fue-ron tranquilos hasta llegar al Africa del Sur. Una tempestad, una pelea entre marineros, no puede decirse que sean obstáculos para llamar un buen viaje al que hizo la "Estrella de la Mañana", como se llamaba el buque negrero.

Llegaron. El barco atracó suavemente. Los negros se acercaban, curiosos y confiados. Tocaban todo, no saliendo de su asombro. La caza comenzó en seguida. Como a fieras salvajes se les arranco a los negros de la tierra. Las madres Iloraban a sus hijos para siempre; estaban seguras de no verlos más. Huian los negros, aterrados, hacia la selva. Algunos marinos incendiaron las chozas. Los que se resistian los mataban. El barco zarpo rápido, huyendo, como

-¡Esa estrella nos salvara! decían, supersticiosos, los

Muchas noches tranquilas llevaba "La Estrella de la Ma-nana". "Pata de palo" contaba ya segura la ganancia.

-Tantos negros, a tanto... tanto - repetia con monotona insistencia.

-Mire que se equivoca, -decia Jessel-; no le pagaran ni la mitad. Los negros estan muy flacos.

-No importa. Los engordamos al llegar. Jack terminaba por enojar-

se. No necesitaba mucho para salirse de su pata de palo. Una noche habían tomado más que de costumbre. Estaban todos bebidos. "Pata de palo" gritaba desentrenado.

Estos negros nos van a matar a todos

Recordaba la historia de un capitán holandés que se había

enloquecido de tanto azotar à los negros. El calor, la ginebra, los negros, le producian pesadillas. Vela a los negros surgir en la

sombra, volverse más negros y temibles. -Tengo un presentimiento, dijo Jessel-: hay una estrella roja en el mástil. Eso quiere decir sangre. 10h, capitán,

mi capitán, temo por usted esta noche. Déjate de supersticiones y bebe conmigo la última copa.

Un ruido de cadenas se em-

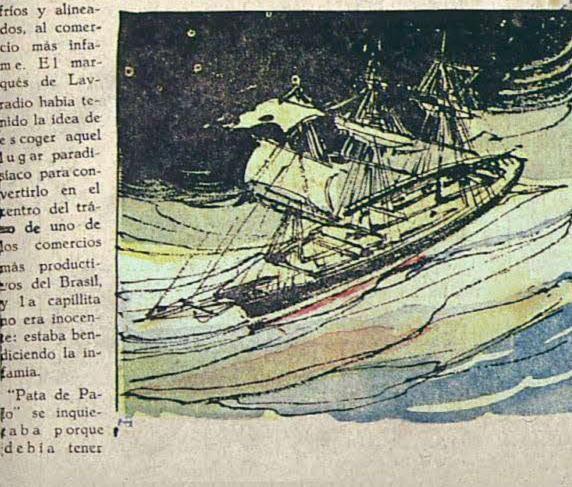
pezó a sentir. Era como una ola que subia de la sentina. Una ola inmensa, negra. Eran los negros, que subian de la bodega a la borda. La tempestad de los negros, que se desencadenaba en el barco. -Atrás - gritó el capitán cogiendo el látigo.

El capitán especulaba con el

temor supersticioso del negro, con la magia de circunstancias, pero los negros no obedecian; cada vez se acercaban más, La lucha se generalizó cuerpo a cuerpo. Volaban los piratas por la cubierta, y los tiburo-nes se los iban tragando. El mar quedaba color sangre. Los negros se multiplicaban milagrosamente. En pocas horas fueron dueños del barco y vieron una pata de palo que flotaba en el agua. El buque ne-

grero volvió a Africa y quedo para siempre en aquella tierra, donde se le equipaba para pesquerias ... Y los padres les contaron

desde entonces a los negritos, la historia de "pata de palo", la historia de un hombre malo que se comia a los niños que no eran buenos con sus mamás ...



CRITICA REVISTA M